



Lee el siguiente fragmento de una carta de Franz Kafka a su padre:

Carta al padre

Querido padre:

“Me preguntaste una vez por qué afirmaba yo que te tengo miedo. Como de costumbre, no supe qué contestar, en parte, justamente por el miedo que te tengo, y en parte, porque en los fundamentos de ese miedo entran demasiados detalles como para que pueda mantenerlos reunidos en el curso de una conversación [...].

Para ti, el asunto fue siempre muy sencillo, por lo menos por lo que hablabas al respecto en mi presencia y también, sin discriminación, en la de muchos otros. Creías que era, más o menos, así: durante tu vida entera trabajaste duramente, sacrificando todo a tus hijos, en especial a mí. Por lo tanto, yo he vivido cómodamente, he tenido absoluta libertad para estudiar lo que se me dio la gana, no he tenido que preocuparme por nada; por lo tanto, y en cambio de eso, tú no pedías gratitud (tú conoces cómo agradecen los hijos) pero esperabas por lo menos algún acercamiento, alguna señal de simpatía; por el contrario, yo siempre me he apartado de ti, metido en mi cuarto, [...] con amigos insensatos, con mis ideas descabelladas; jamás hablé francamente contigo, en el templo jamás me acerqué a ti [...], tampoco he conocido el sentimiento de familia, ni me ocupé del negocio ni de tus otros asuntos, te endosé la fábrica y te abandoné. [...] Mientras que por ti no muevo ni un dedo, no hay cosa que no haga por mis amigos. Si haces un resumen de tu juicio sobre mí, surge que no me reprochas nada que sea en realidad indecente o perverso (excepto, tal vez, mi reciente proyecto de matrimonio), sino mi frialdad, mi alejamiento, mi ingratitud. Y me lo echas en cara como si fuese culpa mía, como si mediante un golpe de timón hubiese podido dar a todo esto un curso distinto, en tanto tú no tienes la menor culpa, salvo tal vez la de haber sido excesivamente bueno conmigo.

Esta consabida interpretación tuya me parece correcta sólo en lo que se refiere a tu falta de culpa en cuanto a nuestro distanciamiento. Pero también estoy yo igualmente exento de culpa. Si pudiera conseguir que reconocieras esto, entonces sería posible, no digo una vida nueva —para ello los dos somos ya demasiados viejos—, pero sí una especie de paz. [...]

No digo, por supuesto, que he llegado a ser lo que soy sólo por tu influencia. [...] Es muy posible que, aun si hubiese estado totalmente libre de tu influencia durante mi desarrollo, no hubiera podido llegar a ser tampoco la clase de persona que tú quieres. Hubiera sido, probablemente, un hombre endeble, temeroso, vacilante e inquieto [...] con todo, distinto de como soy en la actualidad, y hubiéramos podido entendernos perfectamente. [...] Pero precisamente como padre has sido demasiado fuerte para mí, tanto más cuanto que mis hermanos murieron siendo niños aún, y las hermanas llegaron sólo mucho más tarde, de manera que yo tuve que soportar completamente solo el primer choque, y para eso era débil, demasiado débil.

Yo era un niño tímido, pero seguramente también terco, como deben ser los niños; sin duda mi madre me mimaba también [...] En el fondo, eres un hombre bueno y afable, pero no todos los niños tienen la perseverancia y la intrepidez suficientes como para buscar mucho tiempo hasta llegar a la bondad. Tú sólo puedes tratar a un niño de la misma manera con que estás hecho, con fuerza, ruido e iracundia, y esto te parecía además muy adecuado para el caso, porque querías hacer de mí un muchacho fuerte y valeroso.

Franz Kafka

Tomado de Franz Kafka, *Diarios: carta al padre*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, Círculo de lectores, 2000.

Velocidad
lectora

PALABRAS

600

Recuerda que leer con buena velocidad mejora tu comprensión. Para medirla, cuenta en cuántos segundos lees este texto. Después, divide el número de palabras

entre ellos. Multiplica el resultado por 60. Ésa será tu velocidad lectora. Anótala para que puedas medir tus avances.